

CAPITULO XI

La conferencia Creelman y sus consecuencias

La conducta del general Díaz desde 1908, revela que la séptima reelección lo preocupaba hondamente, y con sobra de razones. Iba a ser el octavo período de gobierno para el caudillo de Tuxtepec, que en nombre de la no reelección había hecho dos revoluciones sangrientas; lo comenzaría a los ochenta años, cuando a los setenta había declarado que un hombre de esa edad no era el que necesitaba la nación joven y briosa; las promesas de renovación periódica contenidas en la Constitución y presentes en los anhelos populares, no sólo no se realizaban, sino que, ampliando el período presidencial, se burlaban en la ley misma, y al país se iba a ofrecer el gobierno de un hombre de los ochenta a los ochenta y seis años de edad. Sea que el ejercicio del poder sin restricciones le hubiese hecho descuidar la opinión pública, o que los estragos de la edad hubieran gastado su facultad de sentir esa opinión y dominarla o hacerla condescendiente; sea que, convencido de que había de serle imposible conquistarla, no quería verla, lo cierto es que no contó con ella ni aparentó tomarla en cuenta. Su preocupación se refería al mundo exterior, por una parte, y por otra a los hombres prominentes de la

administración, entre los cuales la desconfianza del Presidente había creado situaciones equívocas, fricciones de amor propio y rivalidades, y en los que aquél suponía ambiciones, impaciencia o cansancio de seguirlo en sus caminos.

En vez de proceder a última hora, en vísperas de la elección, como lo había hecho hasta entonces, y como era necesario para obrar por autoridad y guardando sólo las formas legales, creyó que debía anticiparse, y de hecho movió la cuestión electoral dos años y medio antes de las elecciones, que debían verificarse en el séptimo mes de 1910. A principios de 1908, cuando el país, en su indiferentismo habitual, vivía su vida de trabajo, olvidado del movimiento político en que no pedía participación, el Presidente celebró su memorable conferencia con el periodista americano James Creelman. Para hacer las más sensacionales declaraciones sobre el pueblo mexicano, sobre la conducta y propósitos del gobierno mexicano en treinta años, sobre sus propias determinaciones para la elección del Presidente de México, no se dirigió a la nación que gobernaba, ni tomó por órgano un periódico del país; aceptó la invitación de un periódico extranjero, y dirigió todas las declaraciones al mundo exterior, con frases que parecen disculpas o explicaciones de su larga permanencia en el poder y de la manera de ejercerlo, presentadas ante quienes tuvieran el derecho de tomarle cuenta de su conducta. México se exhibe en la conferencia como materia inerte en las manos del artífice que la hace plástica y después la modela, que luego recibe el soplo vital y ya puede ser y moverse. Todo es obra del hombre, de su voluntad y de su genio. La sencillez sincera del

general Díaz, que nunca lo abandonó, sólo aparece en esa conferencia en la forma de las frases; en el fondo hay un orgullo desmedido, que no se cuida de ofender a los demás. Y el general Díaz no era presuntuoso, ni estaba envanecido con su obra; pero con tal de justificar a los ojos del mundo su reelección próxima, falseaba su carácter y se olvidaba de todo. Su desacierto sería incomprensible comparado con la conducta de moderación y de habilidad nunca desmentida hasta entonces, si no supiéramos que tenía a la sazón setenta y ocho años, que habían hecho en su organismo y en sus facultades estragos aun mayores de los comunes a esta edad.

“The Pearson's Magazine” de New York, publicó la conferencia en los primeros días de marzo de 1908; los periódicos de México dieron a la nación la sorpresa que ellos habían recibido; y la nación tuvo que leer sus propios destinos traducidos del inglés. Pero si la anticipación fue inoportuna, la idea inconveniente y el procedimiento desacertado, la ejecución, es decir, la materia de la conferencia misma en sí, fué un conjunto de errores que debían producir efectos de desastre en el sentimiento público. En medio de la literatura entre poética y pensadora de Mr. Creelman, que resulta afectada y relumbrosa, las frases del general Díaz toman un relieve que las hace duras cuando quieren ser más paternas.

“Puedo decir sinceramente que el cargo no ha corrompido mis ideas políticas y que creo que la democracia es el principio verdadero y justo de gobierno; aunque en la práctica no es posible sino para los pueblos muy adelantados”...

“Puedo abandonar la presidencia de México sin la

menor pena; pero no puedo dejar de servir al país mientras yo viva”...

“Es verdad que cuando un hombre ha ocupado un puesto de poder por muy largo tiempo, debe de llegar a verlo como su propiedad, y es bueno que un pueblo libre se cuide de las tendencias de la ambición personal”...

“Recibí el gobierno de manos de un ejército victorioso en una época en que el pueblo estaba dividido y no tenía preparación para el ejercicio de los principios extremos del gobierno democrático. Arrojar entonces sobre las masas toda la responsabilidad del gobierno de una vez, habría sido producir condiciones que habrían desacreditado la causa del gobierno libre”.

“Sin embargo, aunque tomé el poder, al comenzar, del Ejército, se hizo la elección tan pronto como fué posible y entonces mi autoridad se derivó del pueblo. Varias veces he tratado de dejar la presidencia, pero se me ha impuesto y he continuado en el cargo por servir a la nación que depositó en mí su confianza. El hecho de que el precio de los valores mexicanos bajara once puntos cuando estuve enfermo en Cuernavaca, indica la clase de pruebas que me han persuadido de que debo subordinar mi personal inclinación a retirarme a la vida privada”.

“Nosotros guardamos las formas del gobierno republicano y democrático; defendemos y guardamos intacta la teoría; pero adoptamos una política patriarcal en la administración de los intereses nacionales, guiando y restringiendo las tendencias populares, con entera fe en que la paz forzada permitiría a la educación, la industria y el comercio desenvol-

ver los elementos de estabilidad y unión en un pueblo de suyo inteligente, suave y sensible". (Párrafo de verdad y precisión notables).

"He esperado con paciencia el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviese preparado para elegir y cambiar su gobierno en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin daño del crédito ni perturbación del progreso nacional. Creo que ese día ha llegado". . .

"México tiene ahora una clase media que antes no tenía. La clase media es el elemento activo de la sociedad aquí y en todas partes. Los ricos están demasiado ocupados en sus riquezas y sus dignidades para ser útiles al mejoramiento general; sus hijos no se empeñan en mejorar su educación y su carácter. Por otra parte, los pobres son por lo común muy ignorantes para participar en el poder".

Continuó diciendo que la clase media es la que hace el gobierno; que antes esa clase no existía porque el pueblo consumía sus fuerzas en la política y la guerra, causas de la confusión y el atraso del país; que sobre esa clase veía ya asegurado el porvenir de México aunque el espíritu democrático no era profundo todavía, porque el mexicano ve siempre sus derechos y nunca sus obligaciones; pero terminaba ese punto manifestando su firme creencia de que el principio democrático había crecido y seguiría creciendo en México.

Creelman dió nuevo rumbo, objetando que no había partido de oposición que limitara al partido gobernante.

"Es verdad que no hay un partido opositor (conti-

nuó el Presidente); tengo tantos amigos, que mis enemigos parecen no querer exhibirse en tal minoría. Yo agradezco la bondad de mis amigos y la confianza del país, pero una confianza tan absoluta me impone responsabilidades y deberes que cada día me cansan más. Digan lo que digan mis amigos y partidarios, *me retiraré al concluir este período* constitucional y no aceptaré otro (shall not serve again). Al concluir tendré ochenta años.

.....
“Yo acogeré gustoso (welcome) un partido de oposición en México. Si aparece, lo veré como una bendición y no como un mal, y si desarrolla poder, no para explotar sino para gobernar, estaré con él para sostenerlo, para aconsejarlo y yo me desvaneceré en la feliz inauguración del pleno gobierno democrático del país.

“A mí me basta haber visto a México levantarse entre las naciones útiles y pacíficas. No quiero continuar en la presidencia. Esta nación está ya lista para su última etapa de libertad”.

Cuando estas declaraciones llegaron al público en México, hubo un momento de estupor, producido por dos extremos igualmente increíbles: para ser sinceras demostraban una grandeza imposible y sin ejemplo en el mundo; para ser falsas, eran una ironía sin aquel arte que permite el disimulo de quien la recibe. Sinceras y realizadas, la obra de treinta años resultaría consciente, programa de gran estadista, concebido con alteza y cumplido con perseverancia y sacrificio heroicos; la codicia aparente se revelaba patriotismo

animoso; sus juicios podían ser errores respecto a la aptitud plena del país para la democracia, pero había en los mismos errores una grandeza que daría al Dictador el primer lugar entre los directores de pueblos de su siglo. No cumplidas, resultarían como burla intencionada de quien desprecia el sentimiento público y no teme hacer befa de él. Y era que las declaraciones no se hacían para el pueblo de México, sino para el extranjero, como las decoraciones del teatro se pintan para el público que llena el salón y no para los actores del escenario. El pueblo vió el telón de cerca. Las declaraciones lo lastimaron; no las aceptó como promesa en cuyo cumplimiento no podía creer; pero las acogió como confesiones, puesto que contenían muchas verdades que hacía diez años se decían por el vulgo y ahora se subrayaban por el gobernante que siempre las había callado.

El campo de las suposiciones sobre el pasado es estéril, porque en él es imposible cosechar verdades seguras; sin embargo, el asentimiento general que merezcan suele autorizar algunas que se fundan en hechos sucesivos y en la observación de las circunstancias que actúan en un acontecimiento. Así se ha formado la convicción de que, sin la conferencia Creelman, no habría habido revolución en México, a lo menos durante varios años. El pueblo no quería guerras; los hombres de fortuna la odiaban, los de trabajo la veían con repugnancia, los deseosos de libertades las esperaban sin luchas, los mismos descontentos condenaban el derramamiento de sangre y preveían en una revuelta la regresión a la anarquía olvidada, como vamos a verlo en el libro de Madero. La séptima reelección del general Díaz se esperaba en

silencio, y en silencio habría pasado, como las seis anteriores, en espera de que la naturaleza hiciera la obra de renovación que ya no podría tardar muchos años.

Pero las declaraciones del Presidente dieron libertad a todos para repetir las, ampliarlas y glosarlas, no ya en las conversaciones privadas, sino en las formas de la publicidad y de la propaganda popular. Todavía acompañaron al Presidente el respeto y la consideración de sus mismos desafectos que, incrédulos de su renuncia, propusieron su reelección, pero iniciando la necesidad de que el Vicepresidente fuese realmente elegido por el voto popular. El diario "El Tiempo" recordó el Plan de Tuxtepec para reprochar al general Díaz su infidencia, pero aceptando su reelección y sugiriendo candidatos posibles para el segundo cargo; otros diarios lo siguieron en términos parecidos, y comenzaron a aparecer pequeños periódicos con la redacción burda y los principios rudimentarios simples, que denuncian al demagogo. El ánimo público, que había estado suspenso en el equilibrio de su cansancio del gobierno inamovible y su tolerancia respetuosa para el Presidente, se sentía dominado por la desazón y un fondo de desagrado, que fermentaban al calor de los comentarios continuos. La división, que no se hacía sobre la persona del Presidente, buscó manera de manifestarse en la del Vicepresidente, y como el general Díaz no repugnaba ese sistema y la vicepresidencia era una promesa efectiva sobre la ancianidad del gobernante, los partidarios del Gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes,

definieron su actitud contra el vicepresidente Corral, candidato previsto y reconocido del mismo general Díaz.

El general Reyes, ex ministro de la Guerra, hombre de prestigio militar, por quien el Presidente mostraba siempre predilección y gran preferencia, gobernaba el Estado de Nuevo León y por concesión del Presidente ejercía decisiva influencia en la administración de Coahuila, cuyo Gobernador era designado por él. En tales condiciones, era fácil aumentar el número de sus partidarios; pero sobre todo, cuando el Presidente invitaba a la nación a ejercer las funciones democráticas, casi echándole en cara que antes no lo hubiese hecho, era natural que el espíritu de libertad llevara a los hombres al partido que en la lucha electoral iba a combatir la imposición que el mismo general Díaz amenazaba hacer de la candidatura de Corral. Era aquella una forma de oposición al Presidente, que se hacía con libertad y sin peligro, aun designándolo a él como candidato a la presidencia, y así fué como los descontentos de éste, que casi eran ya sus enemigos, afluyeron al partido reyista. Este tomó por blanco de sus agresiones al mermado grupo de los antiguos científicos, que se señalaban como amigos y partidarios de Corral, pero que ni habían hecho la candidatura de éste, ni la habrían sostenido contra la voluntad del general Díaz; los científicos comprendieron la mala voluntad de sus adversarios, y comenzó entre unos y otros la querrela que había de degenerar muy pronto en ataques personales dañosos para el prestigio de todos. Reyes era jefe de un partido que llevaba su nombre, y que era

confesado por sus parciales; Corral desaparecía, como siempre, en el elemento oficial que no haría sino acatar la voluntad del general Díaz, y sus amigos no declaraban un partido corralista; por eso los reyistas dirigían sus ataques a los científicos y les atribuían la imposición de la candidatura de Corral, para no atacar al único responsable que era el Presidente. Los científicos, por su parte, combatían ásperamente a sus adversarios y a su jefe, mientras éste, contando con el apoyo del general Díaz, se hacía reelegir en Nuevo León.

Toda la agitación que estaba haciendo cundir el malestar en el país y el abatimiento de los hombres públicos de mayor relieve, partía de personas ligadas al general Díaz por antecedentes de consideración y de deber, y ambos basaban su actitud en la autorización tácita, pero patente, de aquél; su intervención habría sido de segura eficacia para transacciones y aun para abdicaciones; pero el general Díaz parecía seguir un camino de desaciertos expresamente elegido y dejó que la lucha se encarnizara. El público creyó sinceramente que esa lucha era provocada y mantenida por el mismo Presidente para conseguir el desprestigio de los dos candidatos; y si era propósito suyo, lo realizó en demasía. Hizo el desprestigio de los dos candidatos, llevó a grado más alto el que ya tenía la elección de los mandatarios, pero este desprestigio alcanzó también a su propia elección, a su sistema de gobierno y por consiguiente a él mismo.

Para la elección de Gobernador en el Estado de Morelos, repitió el Presidente que vería con satisfacción una lucha electoral efectiva. Surgió un candidato opuesto al suyo; la novedad y la autorización le

dieron partidarios en el pueblo, la lucha se enardeció, hubo oratoria de propaganda, asonadas y tumultos, y fué necesario enviar tropas federales para restablecer el orden y dar el triunfo al candidato del Gobierno. Esto *subrayó* la conferencia Creelman y mostró hasta dónde podían tomarse en serio sus declaraciones.

Surgió por entonces el nombre de D. Francisco I. Madero, desconocido por completo, calzando el libro titulado "La Sucesión Presidencial en 1910". El abuelo del autor, don Evaristo Madero, hombre de energías bien demostradas, millonario, exgobernador de Coahuila, tenía entre descendientes y personas ligadas con ellos por matrimonio, una familia de más de cien miembros. La familia tenía varios millones de hectáreas de propiedad territorial, negociaciones industriales, bancarias, agrícolas, extendidas en Coahuila y Nuevo León, todas dirigidas por hombres activos y ambiciosos que abarcaban grandes y numerosas empresas. Se asegura que en aquellos días sus negocios andaban muy comprometidos y que pesaban sobre ellos deudas de muchos millones. Se ha dicho también que de tan numerosa familia sólo don Francisco I. pensaba en materias políticas, y que era visto por sus parientes como el de menor significación en la familia, por su poca intervención en los negocios.

El libro, por su forma, revela una escasa instrucción. El lenguaje es malo, la fraseología vulgar, los recursos literarios pedestres y a veces pueriles, la ostentación de conocimientos históricos y de ciencia política revela su poquedad; su aplicación al caso de

México, demuestra cortedad de recursos. En el fondo el libro descubre dos cualidades: valor y buena fe; y estas virtudes, unidas al idealismo sin moderación que hace perder el contacto con las cosas y que allana lo imposible, hicieron el buen éxito, si no del libro, del autor, que pasó bien pronto del pacifismo de sus proposiciones a la lucha sangrienta que honradamente condenara. Fuera de sus pujos de erudición en historia de griegos y romanos, el libro estaba al alcance de todos, porque era esencialmente sencillo y fácil. Cuanto revelaba del sistema de gobierno del general Díaz, de su absolutismo, de su perpetuidad, de sus infidelidades, de su imposición sobre la ley, lo sabían y decían todos. Lo que había de nuevo, de inesperado, era el valor de decirlo en letras de molde y de excitar a la nación para que obrara en el recobro de sus derechos; y justamente lo que ganaba a la generalidad de los lectores era encontrar en el libro lo que ellos mismos pensaban y querían sin el valor de proclamarlo o de hacerlo.

Esto no quiere decir que no haya algo bueno en el libro. De vez en cuando se encuentra un párrafo gallardamente escrito; con más frecuencia exposiciones sinceras, aun perjudiciales a su causa, que levantan al general Díaz. El retrato del Presidente, hecho en un capítulo que le consagra, es fiel, desde la exhibición física del hombre hasta los rasgos característicos que revelaban sus condiciones psicológicas; alaba su limpia vida privada, reconoce que era intachable como administrador, y que sólo con una honradez como la suya se podía llevar el orden del manejo de los cau-

dales públicos hasta nivelar los presupuestos y presentar superávit en las cuentas anuales.

Respecto a la administración, el libro no le hace ningún cargo, y con relación a la experiencia de su familia, declara que todos los numerosos negocios que ella tenía en oficinas y tribunales habían sido “despachados con equidad y justicia”. “Los numerosos miembros de mi familia,” dice Madero, . . . dedican sus esfuerzos y su fortuna al desarrollo de la agricultura, la industria, la minería, y gozan de las garantías necesarias para el fomento de sus empresas”. “Mi familia es de las más numerosas e influyentes de este Estado (Coahuila) y ni yo ni ninguno de los miembros de mi familia tenemos el menor motivo de queja contra el general Díaz ni contra sus Ministros, ni contra el Gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales”.

He aquí otras frases del libro, que demuestran el concepto que Madero tenía del Presidente: “La energía de su carácter la ha aplicado al dominio de sí mismo: sólo el hombre que sabe dominarse puede dominar a los demás”. “Su vida privada es intachable. Como padre de familia ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la corrección, moderación y actividad de su hijo; como esposo es un modelo, pues a su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que se merece”. “Como administrador siempre ha sido intachable”. En otro párrafo rechaza la versión esparcida por los enemigos del Presidente, de que tenía millones en el extranjero, fundándose en la modestia de sus costumbres y en otros motivos.

El capítulo resulta un elogio franco del general Díaz, y sin duda que era sincero, puesto que Madero demostraba con la publicación del libro que no era ni cobarde ni hipócrita.

En cuanto a la obra política del Presidente, he aquí un párrafo que no sería mejorado por el historiador más severo e imparcial: "El general Díaz ha prestado dos grandes servicios a la Patria: acabar con el militarismo, que perdió ya su falso brillo y su engañoso prestigio en treinta años de paz, y borrar los odios que dividían a la gran familia mexicana, por medio de su hábil y patriótica política de conciliación; y aunque él se haya apoyado en esta política para conservar el poder, no por eso pierde su mérito, sino al contrario da testimonio del éxito obtenido".

¿Cómo un hombre que así juzgara al gran Presidente en sus cualidades y en su obra política movía con su libro una revolución y más tarde la llevaba a las armas e iniciaba la desmoralización y el aniquilamiento espontáneo del país? Es que el soñador iluminado no pensó en las consecuencias, y lejos de iniciar intencionalmente una revolución armada, la creía de buen éxito imposible, la repugnaba y la odiaba. Su libro lo dice expresamente más de una vez; lo revela en muchas de sus páginas. La previsión no es virtud de los inspirados, que antes deben obedecer a un impulso irreflexivo.

Madero planteaba la situación en esta forma: el general Díaz desea su reelección y tratará de imponer un vicepresidente y de continuar su sistema de gobierno, que se basa en negar la elección libre de diputados, senadores y gobernadores; si la nación no interviene, el vicepresidente impuesto seguirá el mismo

sistema con más brío y más ambiciones y entonces el absolutismo se arraigará para siempre y acabará por originar una revolución sangrienta. Para evitarla proponía la organización de un partido cuyo programa sería alcanzar la libertad del sufragio y el restablecimiento de la no reelección; este partido despertaría a la nación, la agitaría para que acudiera a la defensa de sus derechos nunca respetados. El partido reuniría una convención para tener un centro director, y él proponía desde luego la reelección del general Díaz, “que tiene derecho de pasar los últimos años de su vida en entera calma, acompañado por las bendiciones del pueblo y arrullado por la gratitud nacional”. Se proponía la candidatura de vicepresidente “en favor de un miembro de la administración, para desarmar al Gobierno”; pero como el candidato necesitaría el permiso del Presidente, parecía el camino inaceptable; sin embargo, esto llevaría a la convención del Partido Independiente a pláticas con el general Díaz, de las que resultaría una transacción: el general Díaz, Presidente, sobre un pedestal, encarnación de la Patria; el Vicepresidente, ganando fuerza en el gobierno, que el Presidente, viejo y agotado, dejaría en sus manos, y la renovación en municipios y gobiernos locales, haciéndose poco a poco sin sacudimientos.

No pudiera en aquellos días imaginarse proyecto más descaminado, ni fundarse en supuestos más distantes de la verdad. El general Díaz, dejando la acción del Gobierno en manos del Vicepresidente, era una previsión que haría reír a cualquier hombre que conociera al Presidente. El mismo Madero había dicho en otra página: “En política el general Díaz no

tiene consejeros; sus ministros ignoran sus intenciones". Y decía verdad.

Enteramente opuesto, por lo cuerdo y sensato, es el párrafo siguiente, en que habla de los dos males que trata de evitar: la entronización definitiva de la dictadura y la revolución armada. "Estas dos posibles contingencias son las que *necesariamente intentará evitar* el Partido Independiente. La primera (revolución), encauzando las energías de la nación por un camino hasta ahora nuevo para ella: por el de la democracia. La segunda (dictadura definitiva), luchando en los comicios aun sin esperanzas de triunfo, con tal de despertar el espíritu público y prestigiarse lo suficiente para luchar con el sucesor del general Díaz y arrancarle una a una nuestras libertades". Si los actos de Madero se hubieran ajustado a este programa, su obra habría sido no sólo lícita, sino patriótica y noble y habría conducido más o menos tarde al ejercicio pacífico de las libertades cívicas.

La conferencia Creelman se había publicado en marzo de 1908; el libro de Madero apareció firmado en San Pedro, Coahuila, en octubre del mismo año. Las repetidas alusiones a la conferencia que se encuentran en el libro, y las ocasiones en que viene citada, hacen entender, sin duda alguna, que la conferencia fué la generadora del libro, y que ella produjo en Madero la excitación nerviosa y la resolución de agitar al país.

Entre la conferencia, obra del general Díaz, y el libro de Madero, hay un punto de acuerdo: ambos declaran que el pueblo mexicano estaba ya entonces apto para el ejercicio de la democracia. Lo probable es que Madero, al ver que así lo declaraba el Presidente,

se haya convencido, aceptando la invitación que al pueblo se hacía para demostrar su aptitud. La conferencia sugirió el libro; el libro sugirió la revuelta.

El libro de Madero termina con una serie de conclusiones que son a la vez el programa de constitución del "Partido Antirreeleccionista", con las bases que hemos expuesto en las anteriores páginas. La conclusión XI es enteramente clara y enseña sin embozo su extravagancia. Como Madero suponía el encadenamiento de hechos sin examinar su posibilidad, ni fundarse en nada (porque los videntes dejarían de serlo si tuvieran que valerse de la observación, de la lógica y de la reflexión para prever y afirmar), la conclusión XI supone que los treinta mil electores que debía dar la nación, serían serviles para elegir al Presidente y serían libres e independientes para elegir al vicepresidente; o más bien, que se someterían en todo a la voluntad de la Convención, puesto que debían votar un vicepresidente de su partido y una parte de senadores y diputados, mientras el resto se tomaría de los amigos del general Díaz. En cuanto a los gobernadores, habrían de dividirse también entre el Partido Antirreeleccionista y el general Díaz, se supone que mediante un convenio en que se contaría con todo, menos con la voluntad de los electores. Este sincero demócrata, al resumir sus teorías, no hacía más que proponer la sustitución del absolutismo del general Díaz por el suyo. Si el Presidente hubiera tomado en cuenta semejante programa, todos lo habrían tenido por mentecato.(1)

(1) He aquí las conclusiones que cierran el libro:

I.—Nuestra guerra de Independencia y la que sostuvimos con Napoleón III nos legaron la plaga del militarismo.

Los descontentos de la administración del general Díaz, que no se atrevían a oponérsele directamente, tampoco quisieron seguir a Madero, a quien juzgaban, como desconocido, insignificante; pero adoptaron un punto de su programa, organizando partidos que postulaban al general Díaz para Presidente y al general Reyes para Vicepresidente, y declarándose enemigos de la reelección de Corral.

La guerra entre los revistas y los que sostenían la fórmula del gobierno se encendió en la prensa, que de una y otra parte publicaba artículos vehementes y hasta injuriosos que hacían perder a los candidatos a la vicepresidencia la circunspección y el prestigio. El Presidente dejaba correr el torrente, como quien no prevé daño alguno para sí; pero cuando sintió que el general Reyes tomaba en serio su candidatura, envió por jefe de las armas en Nuevo León al general Treviño como amenaza. Reyes aceptó una comisión en Europa y sus partidarios tuvieron que abandonar la candidatura; pero no podían ya abandonar la lucha. Poco después figuraron algunos de los principales en la convención de Madero; después muchos entraron

II.—Al militarismo débese la dictadura del general Díaz que ha durado por más de treinta años.

III.—Esta dictadura restableció el orden y cimentó la paz, lo cual ha permitido que lleguen libremente a nuestro país la gran oleada de progreso material que invade al mundo civilizado, desde mediados del siglo último.

IV.—En cambio este régimen de gobierno ha modificado profundamente el carácter del pueblo mexicano, pues ocupado únicamente en su progreso material, olvida sus grandes deberes para con la Patria.

V.—Si en rigor puede admitirse que la dictadura del general Díaz ha sido benéfica, indudablemente sería funesto para el país que el actual régimen de gobierno se prolongara con

en la revolución que éste proclamó. Sin el destierro de Reyes, no habría habido quien siguiera a Madero, pues la lucha entre Reyes y Corral era demasiado seria y apasionada para que pudiera permitir la erección de un tercer partido.

La Convención oficial, es decir, la que había de proclamar las candidaturas del Gobierno, se reunió y votó la reelección del Presidente y Vicepresidente. Alejado Reyes, la próxima elección se presentaba sin lucha, más fría y más silenciosa que todas las anteriores, enseñando la máquina a todos los ojos, con su regularidad mecánica. En las elecciones precedentes que no se habían iniciado con ofrecimientos de libertad, ni habían provocado excitaciones de partido, la nación había sido tranquila espectadora, dominada por el respeto al hombre que le hiciera los mayores bienes y que aun podía hacérselos; pero al aproximarse la del año '10, se sentía en la sociedad un malestar constante, verdadero disgusto de todo, que no podía contentarse con ninguna solución.

su inmediato sucesor, porque nos acarrearía la anarquía o la decadencia y ambas pondrían en peligro nuestra vida como nación independiente.

VI.—Todo hace creer que si las cosas siguen en tal estado, el general Díaz, ya sea por convicción o por condescendencia con sus amigos, nombrará como su sucesor a alguno de éstos, el que mejor pueda seguir su misma política, con lo cual quedará establecido de un modo definitivo el régimen del poder absoluto.

VII.—Buscar un cambio por medio de las armas, sería agravar nuestra situación interior, prolongar la era del militarismo y atraernos graves complicaciones exteriores.

VIII.—El único medio de evitar que la República vaya a ese abismo, es hacer un esfuerzo entre todos los buenos mexicanos, para organizarse en partidos políticos a fin de

La convención de Madero se reunió en la Capital. Madero no había cumplido su programa de organizarla oportunamente para provocar la transacción con el Gobierno y proponer la reelección del Presidente y la designación libre del vicepresidente. La convención fué desde luego más allá y aprobó la fórmula electoral Madero-Vázquez Gómez. La convención estaba compuesta de unas cuantas personas acreditadas con credenciales de dudosa procedencia y autoridad, pero con un valor admirable para desafiar el ridículo en un pueblo tan cosquilloso para soportarlo, y en que abunda el ingenio para zaherirlo. El público se rió de aquella junta de alucinados que iba a derrocar al gobierno en pocos meses; pero Madero, con su fe de predestinado, sin hacer caso de la mofa, se lanzó a la campaña electoral y recorrió buena parte de la República, pronunciando discursos y conquistando en algunos Estados grupos escasos de partidarios que nada podrían hacer ni hicieron, sino a la hora del triunfo.

La elección se hizo en junio y julio con las ritua-

que la voluntad nacional esté debidamente representada y pueda hacerse respetar en la próxima campaña electoral.

IX.—El que mejor interpreta las tendencias actuales de la Nación es el que propongo: “El partido antirreeleccionista”, con sus dos principios fundamentales: libertad de sufragio y no-reelección.

X.—Si el general Díaz no pone obstáculos ni permite que los pongan los miembros de su gobierno, para la libre manifestación de la voluntad nacional y se constituye en el guardián de la ley, se habrá asegurado la transformación de México, sin bruscas sacudidas; el porvenir de la República estará asegurado, y el general Díaz, reelecto libremente o retirado a la vida privada, será uno de nuestros más grandes hombres.

idades de ley, el Gobierno triunfó como siempre, sin perder un solo diputado. Madero había llevado su campaña a la misma capital de la República y acudían a oírlo grandes grupos del pueblo que se habían persuadido, tanto como Madero, de que no había ningún peligro en aquella propaganda, porque el general Díaz no era ya el hombre de medidas represivas violentas, porque estaba impedido de emplearlas por la proximidad de las fiestas del Centenario, cuando iba a recibir a los embajadores del mundo entero.

Las nuevas cámaras del Congreso abrieron sus sesiones en medio de los esplendores de la gran fiesta nacional y la de diputados declaró poco después a los legidos del pueblo. Pero en medio de aquellos esplendores, el malestar de la nación seguía como por agos presentimientos de desgracias próximas. Varias veces algún grupo del pueblo organizado por los descontentos se presentó frente al palacio nacional vioreando la no reelección, cuando el Presidente y los embajadores extranjeros habían salido a los balcones. La policía intervenía con una suavidad nunca vista que dejaba a los manifestantes la libertad de volver insistir con gritos subversivos.

XI.—Cuando el partido reeleccionistas esté vigorosamente organizado, será muy conveniente que procure una transacción con el general Díaz para fusionar las candidaturas, de modo que el general Díaz siga de Presidente, pero el vicepresidente y parte de las Cámaras y de los gobernadores de los Estados serían del partido antirreeleccionista. Sobre todo se establecería que en lo sucesivo hubiera libertad de sufragio, y posible fuera, desde luego se convendría en reformar la constitución en el sentido de no reelección.

XII.—En caso de que el general Díaz se obstinare en no hacer ninguna transacción con la voluntad nacional, sería

Esta moderación es moralmente plausible; pero en la política de los gobiernos personales, la ancianidad del dictador es ya demasiado desprestigio, para añadirle la tolerancia de los ataques directos y de la falta de temor y de respeto. La prensa de la capital sintió la debilidad del Presidente, que después de las fiestas de su apoteosis internacional debía de estar más sometido a la obsesión de Europa. Los diarios fueron asumiendo una actitud de independencia que nunca antes mostraran y se inclinaron visiblemente a la oposición, sabiendo que sería el mejor modo de aumentar su venta; aparecieron periódicos nuevos poco tolerantes con la administración, y algunos pequeños mal escritos, predicando ideas disolventes y de tono agresivo.

Entretanto, Madero, sospechoso de manejos revolucionarios, fué aprehendido y llevado a San Luis Potosí, en donde se le mantuvo en prisión por pocos días, pues luego obtuvo su libertad bajo caución con orden de permanecer en la ciudad. Este hecho demues-

preciso resolverse a luchar abiertamente en contra de las candidaturas oficiales.

XIII.—Esta lucha despertará al pueblo y sus esfuerzos asegurarán en un futuro no lejano la reivindicación de sus derechos.

XIV.—El partido antirreeleccionista tiene grandes probabilidades de triunfo desde luego, pues nadie sabe de lo que es capaz un pueblo cuando lucha por su libertad, sino cuando por sorpresa se ve el resultado.

XV.—Aun en el caso de una derrota, como el partido antirreeleccionista estará constituido por el elemento independiente seleccionado y habrá ganado prestigio por haber tenido el valor de luchar contra la dictadura, llegará a ejercer una influencia dominante en nuestro país, por lo menos al desaparecer el general Díaz.

tra que el enérgico dictador de antes no tenía para Madero ni temor ni rencor. La vigilancia de la persona de éste era tan poco interesante, que pudo Madero un día tomar un automóvil y escapar para los Estados Unidos.

